

XX

El botánico

Gilberto tomó su resolución y se acercó enteramente al anciano; pero abrió primero la boca y la cerró sin haber proferido una palabra. Su resolución vacilaba, pues le parecía que pedía una limosna, y no que reclamaba un derecho.

El anciano observó esta timidez y trató de tranquilizarle.

— ¿Queréis hablarme, amigo mío? dijo sonriendo y dejando su pan sobre el tronco.

— Sí, señor, respondió Gilberto.

— ¿Qué deseáis?

— Señor, veo que arrojáis vuestro pan á los pájaros, como si no se hubiese dicho que Dios los alimenta.

— Los alimenta, en efecto, joven, respondió el desconocido; pero la mano de los hombres es uno de los medios que emplea para llenar este objeto. Si es una reconvencción la que me dirigís, hacéis mal, porque jamás es perdido el pan que se arroja en un bosque desierto ó en una calle poblada. Allí se lo llevan los pájaros, y aquí lo recogen los pobres.

— Pues bien, señor, dijo Gilberto conmovido con la voz penetrante y dulce del anciano, aunque nos hallamos aquí en un bosque, conozco á un hombre que disputaría vuestro pan á los pajaritos.

— ¿Seríais vos, amigo mío, exclamó el viejo, y por casualidad tendríais hambre?

— Mucha hambre, señor, os lo juro, y si lo permitís...

El anciano cogió al punto el pan con compasión diligente; pero reflexionando después, de repente miró á Gilberto con su vista á la vez tan viva y tan profunda.

En efecto, Gilberto no parecía tan hambriento que no fuese permitida la reflexión; su traje estaba aseado, si bien manchado en algunas partes por el contacto de la tierra. Su camisa estaba muy limpia, pues se la había puesto el día anterior en Versalles, y sin embargo, estaba ajada por la humedad; era, pues, visible que Gilberto había pasado la noche en el bosque.

Tenía sobre todo, y con todo esto, esas manos blancas y finas que denotan más bien el hombre de vagas meditaciones, que el hombre de los trabajos materiales.

Gilberto no carecía de tacto, comprendió la desconfianza y perplejidad del desconocido respecto de él y se apresuró á prevenir las conjeturas que conocía no podían serle favorables.

— Tiene uno hambre, señor, siempre que no ha comido en doce horas, dijo, y ya hace veinticuatro que no tomo nada.

La verdad de las palabras del joven se revelaba por la emoción de su fisonomía, por el temblor de su voz y por la palidez de su rostro.

Cesó, pues, el anciano de vacilar, ó más bien de temer. Alargó á un tiempo su pan y el pañuelo de donde sacaba sus cerezas.

— Gracias, señor, dijo Gilberto rechazando dulcemente el pañuelo, gracias: nada más que el pan, me basta esto.

Y partió en dos mitades el pedazo, tomando él una y devolviendo la otra; después se sentó sobre la hierba á tres pasos del anciano, que le miraba lleno de asombro.

Poco tiempo duró la comida; había poco pan, y Gilberto tenía mucho apetito. El anciano no le turbó con ninguna palabra; continuó su mudo examen, pero furtivamente, y prestando, en la apariencia á lo menos, la mayor atención á las plantas y á las flores de su caja, que, irguiéndose como para respirar, levantaban sus cabezas odoríficas al nivel de la tapa de hoja de lata.

Viendo, sin embargo, á Gilberto que se aproximaba á la laguna, exclamó vivamente:

— No bebáis de esa agua, joven; porque está inficionada por el detritus de las plantas muertas el año último y por los huevos de las ranas que nadan en su superficie. Tomad más bien algunas cerezas, que os refrescarán como el agua. Tomadlas, yo os invito, pues según veo, no sois un convidado importuno.

— Es cierto, señor: la importunidad es enteramente opuesta á mi carácter, y nada temo tanto como ser importuno. Ahora mismo acabo de probarlo en Versalles.

— ¡ Ah! ¿ venís de Versalles? dijo el desconocido mirando á Gilberto.

— Sí, señor, respondió el joven.

— Es una ciudad rica, y es necesario ser muy pobre ó muy orgulloso para morir allí de hambre.

— Soy una y otra cosa, señor.

— ¿ Habéis reñido con vuestro amo? preguntó tímidamente el desconocido, que perseguía á Gilberto con su mirada interrogadora, al mismo tiempo que arreglaba sus plantas en el cajón.

— Yo no tengo amo, señor.

— Amigo mío, dijo el desconocido cubriéndose la cabeza, esa es una respuesta muy ambiciosa.

— Sin embargo, es exacta.

— No, joven, porque cada uno tiene su amo aquí abajo, y no es entender bien el orgullo decir: yo no tengo amo.

— ¡ Cómo!

— ¡ Oh! sí, viejos ó jóvenes, todos mientras existimos tenemos que sufrir la ley de un poder dominador. Unos son regidos por los hombres, otros por los principios, y los amos más severos no son siempre los que mandan ó castigan con la voz ó la mano humana.

— Sea, dijo Gilberto; entonces yo me rijo por principios. Confieso esto. Los principios son los únicos amos que un hombre pensador puede confesar sin vergüenza.

— ¿ Y se puede saber cuáles son vuestros principios? Me parecéis muy joven, amigo mío, para tener principios fijos.

— Señor, sé que los hombres son hermanos; que cada hombre contrae, al nacer, una suma de obligaciones para con sus hermanos. Sé que Dios ha puesto en mí un valor cualquiera, por mínimo que sea; y como yo reconozco el valor de los demás, tengo el derecho de exigir de los demás que reconozcan el mío, á no ser que lo exagere. Mientras no haya cosa que se oponga á la justicia y al honor, tengo derecho á una parte de estimación, aunque no sea más que por mi cualidad de hombre.

— ¡ Ah, ah! exclamó el desconocido, ¿ habéis estudiado?

— No, señor, por mi desgracia; solamente he leído el *Discurso sobre la desigualdad de las constituciones* y el *Contrato social*. Á estos dos libros debo todas las cosas que sé, y acaso todos los sueños que tengo.

Al oír el desconocido estas palabras, un vivo destello animó sus ojos. Hizo un movimiento que estuvo á punto de romper una siempreviva de brillantes hojuelas, rebelde en colocarse bajo las paredes cóncavas de su caja.

— ¿Y son esos los principios que profesáis?

— Acaso no sean los vuestros; pero son los de Juan Jacobo Rousseau.

— Pero falta saber solamente, añadió el desconocido con una desconfianza demasiado pronunciada para no hamillar el amor propio de Gilberto, falta saber si los habéis comprendido.

— Creo, dijo Gilberto, que comprendo el francés; sobre todo cuando es puro y poético.....

— Bien veis que no, dijo sonriendo el anciano, porque si lo que os pregunto en este momento no es precisamente poético, es claro por lo menos. Quería preguntaros si vuestros estudios filosóficos os habían puesto al alcance de comprender el fondo de esa economía del sistema de.....

El desconocido se detuvo casi ruborizado.

— De Rousseau, continuó el joven. ¡Oh! señor, yo no he aprendido mi filosofía en un colegio, pero tengo un instinto que me ha revelado entre todos los libros que he leído la excelencia y la utilidad del *Contrato social*.

— Árida materia para un joven, señor; seca contemplación para una imaginación de 20 años, flor amarga y poco odorífica para una imaginación de primavera, dijo el anciano con triste dulzura.

— La desgracia madura al hombre antes de tiempo, señor, dijo Gilberto, y en cuanto á la imaginación, si se la deja ir á su inclinación natural, las más de las veces conduce al mal.

El desconocido abrió sus ojos medio cerrados por un

recogimiento que le era habitual en sus momentos de calma, y que daba cierto encanto á su fisonomía.

— ¿A quién aludís? preguntó ruborizado.

— Á nadie, señor, dijo Gilberto.

— Sí tal...

— No, os lo aseguro.

— Me parece que habéis estudiado al filósofo de Ginebra. ¿Aludís á su vida?

— No la conozco, respondió cándidamente Gilberto.

— ¿No la conocéis? El desconocido lanzó un suspiro. Sabed, joven, que es un hombre muy desgraciado.

— Imposible. ¿Juan Jacobo Rousseau desgraciado? No habría justicia ni aquí abajo, ni allá arriba. ¡Desgraciado! ¡El hombre que ha consagrado su vida á la felicidad de sus semejantes!

— Vamos, vamos, veo que en efecto no le conocéis; pero hablemos de vos, amigo mío.

— Prefiero continuar ilustrándome sobre el asunto que nos ocupa; porque de mí, que no soy nada, señor, ¿qué queréis que os diga?

— Y además, no me conocéis, y teméis confiaros á un desconocido.

— ¡Oh! señor, ¿qué puedo yo temer de nadie en el mundo, y quién puede hacerme más desgraciado que lo que soy? Recordad de qué manera me he presentado á vuestros ojos: solo, pobre y hambriento.

— ¿Adónde ibais?

— Iba á París. ¿Sois parisiense, señor?

— Sí; es decir, no.

— ¿Cuál de las dos cosas? preguntó Gilberto sonriendo.

— Me gusta poco mentir, y conozco á cada instante que es menester reflexionar antes de hablar. Soy parisiense, si se entiende por esta palabra el hombre que

habita en París hace mucho tiempo y que vive con arreglo á las costumbres de París; pero no he nacido en aquella ciudad. ¿Porqué me hacéis esa pregunta?

— Referíase en mi mente á la conversacion que acabábamos de tener. Quería decir que si habitáis París debíais haber visto á M. Rousseau, de quien hablábamos ahora mismo.

— En efecto, lo he visto algunas veces.

— Todos se quedan mirándole cuando pasa, ¿no es verdad? ¿Todos le admiran y le señalan con el dedo como el bienhechor de la humanidad?

— No; los niños le siguen, y, excitados por sus padres, le arrojan piedras.

— ¡Ah, Dios mío! exclamó Gilberto con doloroso estupor; ¿pero á lo menos es rico?

— Muchas veces se pregunta á sí mismo, como vos os preguntabais esta mañana: ¿Dónde almorzaré?

— ¿Pero, aun pobre, es considerado, poderoso y respetado?

— Al dormirse cada noche no sabe si despertará al día siguiente en la Bastilla.

— ¡Oh! debe aborrecer á los hombres!

— No los ama ni los aborrece; está disgustado de ellos y nada más.

— ¡No odiar á las gentes que nos maltratan! exclamó Gilberto, no comprendo eso.

— Rousseau ha sido siempre libre; Rousseau ha sido siempre bastante fuerte para no apoyarse sino sobre sí solo, y la fuerza y la libertad son las que hacen á los hombres dulces y buenos: solo la esclavitud y la debilidad los hacen malos.

— He aquí la razón porque he querido permanecer libre, dijo orgullosamente Gilberto; adivinaba lo que acabáis de explicarme.

— Aun en la prisión puede el hombre ser libre,

amigo mío, dijo el anciano; mañana se verá Rousseau en la Bastilla, lo que le sucederá un día u otro, cuando escriba ó piense tan libremente como en las montañas de Suiza. Por lo que hace á mí, jamás he creído que la libertad del hombre consista en hacer lo que quiere, sino en que ningún poder humano le obligue hacer lo que no quiere.

— ¿Luego Rousseau ha escrito lo que decís, señor?

— Sí, dijo el extranjero.

— ¿Pero no en el Contrato social?

— No, en una publicación nueva que se titula las Meditaciones de un paseante solitario.

— Señor, dijo Gilberto con entusiasmo, creemos que coincidimos sobre un punto.

— ¿Sobre cuál?

— Que uno y otro amamos y admiramos á Rousseau.

— Hablad por vos, joven; estáis en la edad de las ilusiones.

— Podemos equivocarnos sobre las cosas, pero no sobre los hombres.

— ¡Ay! más adelante veréis que es más fácil equivocarse sobre los hombres. Rousseau es acaso algo más justo que los demás hombres; pero, creedme, tiene sus defectos y muy grandes.

— Gilberto meneó la cabeza con un ademán que revelaba poca convicción; pero á pesar de aquella impolítica demostración, el desconocido continuó tratándole con el mismo favor.

— Volvamos á nuestro punto de partida, dijo el anciano. Sé que habíais dejado á vuestro amo en Versalles.

— Y yo, dijo Gilberto algo tranquilo, yo que os he contestado que no tenía amo, hubiera podido añadir que sólo dependía de mí tener uno muy ilustre, y que

acababa de renunciar á una condición que otros muchos hubieran envidiado.

— ¿ Una condición ?

— Sí : tratábase de servir de diversión á unos grandes señores ociosos ; pero he pensado que, siendo joven, que pudiendo estudiar y andar mi camino, no debía perder ese tiempo precioso de la juventud y comprometer en mi persona la dignidad del hombre.

— Está bien, dijo gravemente el desconocido ; ¿ pero para andar vuestro camino tenéis un plan determinado ?

— Señor, tengo la ambición de ser médico.

— Bella y noble carrera, en la cual puede uno escoger entre la verdadera ciencia, modesta y mártir, y el charlatanismo impudente é hinchado. Si amáis la verdad, joven, estudiad la medicina ; si amáis el brillo, hacedos médico.

— Pero se necesita mucho dinero para estudiar, ¿ no es verdad, señor ?

— Se necesita, es cierto ; pero no tanto como creéis.

— El hecho es, replicó Gilberto, que Juan Jacobo Rousseau, que todo lo sabe, ha estudiado por nada.

— ¡ Por nada ! ¡ oh ! joven, dijo el anciano con triste sonrisa, llamáis nada á lo que Dios ha dado de más precioso á los hombres ; el candor, la salud, el sueño ! he aquí lo que ha costado al filósofo ginebrino lo poco que ha llegado á aprender.

— ¡ Poco ! exclamó Gilberto casi indignado.

— Sin duda ; preguntad acerca de él y escuchad lo que os dirán.

— En primer lugar es gran músico.

— ¡ Oh ! porque el rey Luis XV ha cantado con entusiasmo : *he perdido á mi servidor*, no quiere decir que *el adivino de aldea* sea una buena ópera.

— Es un gran botánico. Ved sus cartas, de las que

jamás he podido proporcionarme sino algunas páginas descabaladas : vos debéis conocer eso, vos que cogéis plantas en los bosques.

— ¡ Oh ! muchas veces se cree uno botánico, y, sin embargo, no es.....

— Acabad.

— No es más que herbolario... y aun así.....

— ¿ Y vos qué sois ? ¿ herbolario ó botánico ?

— ¡ Oh ! herbolario muy humilde y muy ignorante, en presencia de esas maravillas de Dios que se llaman plantas ó flores.

— ¿ Sabe latín ?

— Muy mal.

— Sin embargo he leído en una gaceta que había traducido á un autor antiguo, llamado Tácito.

— Porque en su orgullo, ¡ ay ! todo hombre es orgulloso por momentos ; porque en su orgullo ha querido emprenderlo todo ; pero él mismo lo dice en la advertencia de su primer libro, del único que ha traducido : él mismo dice que entiende muy mal el latín, y Tácito, que es un gran justador, le ha cansado pronto. No, no, buen joven, á pesar de vuestra admiración, no hay hombre universal, y casi siempre, creedme, pierde el hombre en profundidad lo que gana en superficie. No hay río por pequeño que sea que no desborde á impulso de una tempestad y que no parezca un lago. Pero tratad de hacerle llevar un barco y pronto tocaréis el fondo.

— ¿ Y en vuestra opinión Rousseau es uno de esos hombres superficiales ?

— Sí ; tal vez presenta una superficie algo más extensa que la de los demás hombres, dijo el desconocido, y nada más.

— Muchos hombres se considerarían felices en mi concepto si pudiesen lograr una superficie semejante.

— ¿Habláis por mí? preguntó el desconocido con un candor que desarmó á Gilberto.

— ¡Ah! Dios me libre! exclamó este último; es demasiado dulce para mí hablar con vos para que trate de disgustaros.

— ¿Y en qué puede seros agradable mi conversación, pues no creo que queráis lisonjearme por un pedazo de pan y algunas cerezas?

— Tenéis razón: por todo el imperio del mundo no adulo yo á nadie; pero escuchad, vos sois el primero que me habéis hablado sin aspereza, con bondad, como se habla á un joven, y no como se habla á un niño. Aun cuando hayamos estado discordes acerca de Rousseau, hay detrás de la mansedumbre de vuestro espíritu alguna cosa elevada que atrae al mío. Me parece cuando hablo con vos que estoy en un rico salón cuyas ventanas están cerradas, y cuya riqueza adivino á pesar de la oscuridad. En vuestra mano está deslumbrarme si dejáis penetrar un rayo de luz en vuestra conversación.

— Pero vos mismo habláis con cierta pulcritud que puede hacer creer que habéis recibido una educación más esmerada que la que confesáis.

— Esta es la primera vez, y yo mismo me admiro de los términos en que hablo, términos cuya significación apenas conozco, y de los cuales me sirvo por haberlos oído pronunciar una sola vez. Verdad es que los había encontrado en los libros que había leído, pero nunca los había comprendido.

— ¿Habéis leído mucho?

— Demasiado; pero leeré más.

El anciano miró á Gilberto con asombro.

— Sí, he leído todo lo que he podido haber á las manos; buenos ó malos libros, todo lo he devorado. ¡Oh! si hubiese tenido quien me guiara en mis lec-

turas, para decirme lo que debía olvidar y lo que debía conservar en la memoria!... pero perdonad, señor, me olvido de que si me es preciosa vuestra conversación, no os sucederá así con la mía: herborizáis, y acaso os incomodo.

Gilberto hizo un movimiento para retirarse, si bien con el vivo deseo de ser detenido. El anciano, cuyos vivos ojuelos estaban fijos en él, leía al parecer hasta en el fondo de su corazón.

— No por cierto, le dijo; mi caja está casi llena, y no necesito ya sino algunos musgos; me han dicho que en este sitio se crían hermosos culantrillos.

— Esperad, esperad, dijo Gilberto: creo haber visto lo que buscáis hace poco sobre una peña.

— ¿Lejos de aquí?

— No, allí, á cincuenta pasos.

— ¿Pero, cómo sabéis que las plantas que habéis visto son culantrillos?

— He nacido en los bosques, señor; además, la hija del amo de la casa donde me he criado, se dedicaba á la botánica; tenía un herbario, y al pie de cada planta el nombre de la misma escrito de su mano. Muchas veces he visto esas plantas y esos letreros, y me parece haber visto musgos que no conocía sino con el nombre de musgos de rocas, designados con el de culantrillos.

— ¿Y tenéis afición á la botánica?

— ¡Ah! señor, cuando yo oía decir á Nicole (Nicole era la camarera de la señorita Andrea), cuando la oía decir que su ama buscaba inútilmente alguna planta en las inmediaciones de Taverny, encargaba á Nicole que procurase indagar la forma de aquella planta. Entonces, muchas veces, sin saber que era yo quien le hacía este encargo, la señorita Andrea dibujaba la planta con lápiz. Nicole al punto cogía el dibujo y me lo llevaba. Entonces recorría los campos, los prados y

los bosques hasta que encontraba la planta que buscaba. Luego que la hallaba, la arrancaba con una azada y por la noche la trasplantaba en medio del prado, de suerte que paseándose una mañana la señorita Andrea lanzó un grito de alegría, diciendo: « ¡ Oh ! Dios mío, que cosa más extraña : aquí está esa planta que tanto he buscado por todas partes. »

El anciano miró á Gilberto con más atención que había prestado hasta entonces, y si, pensando Gilberto en lo que acababa de decir, no hubiese bajado los ojos ruborizado, habría podido ver que aquella atención estaba mezclada de un interés lleno de ternura.

— ¡ Pues bien ! le dijo, continuad estudiando la botánica, joven; ella os conducirá por el camino más corto á la medicina. Creedme, Dios no ha hecho nada inútil, y cada planta tendrá un día su significación en el libro de la ciencia. Aprended primero á conocer los simples, y después aprenderéis sus propiedades.

— Hay escuelas en París, ¿ no es verdad ?

— Y gratuitas; la de cirugía, por ejemplo, es uno de los beneficios del presente reinado.

— Seguiré sus cursos.

— Nada más fácil; porque presumo que al ver vuestros padres vuestra disposición, os pasarán una pensión alimenticia.

— No tengo padres; pero me mantendré con mi trabajo.

— Ciertamente, y puesto que habéis leído las obras de Rousseau, habréis visto que todo hombre, aunque sea hijo de un príncipe, debe aprender un oficio mecánico.

— No he leído el *Emilio*; pues creo que es en el *Emilio* donde se encuentra esa recomendación, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pero he oído al señor de Taverney que se burlaba de esta máxima, y que sentía no haber hecho á su hijo carpintero.

— ¿ Y qué le ha hecho ? preguntó el desconocido.

— Oficial de un regimiento, contestó Gilberto.

El anciano se sonrió.

— Sí, todos los nobles son así : en vez de enseñar á sus hijos el oficio que hace vivir, les enseñan el oficio que hace morir. Sobreviene una revolución, y tras la revolución el destierro, y entonces se ven obligados á mendigar en el extranjero ó vender su espada, lo que todavía es peor; ¿ pero vos, que no sois hijo de noble, sabréis algún oficio ?

— Señor, ya os he dicho que nada sé : por otra parte, debo confesaros que tengo un horror invencible á toda faena que imprime al cuerpo movimientos rudos y brutales.

— ¡ Ah ! exclamó el anciano, ¿ entonces sois perezoso ?

— ¡ Oh ! no, no soy perezoso; en lugar de hacerme trabajar en alguna obra que exija fuerzas, dadme libros, dadme un gabinete, y veréis si no consumo mis días y noches en el género de trabajo que haya escogido.

El desconocido miró las manos delicadas y blancas del joven.

— Esa es una predisposición, dijo, un instinto. Esas especies de repugnancias producen muchas veces buenos resultados; pero es menester que sean bien dirigidas. En fin, continuó, si no habéis estado en un colegio, ¿ habréis ido por lo menos á la escuela ?

Gilberto meneó la cabeza.

— ¿ Sabéis leer y escribir ?

— Antes de morir mi madre, había tenido tiempo de enseñarme á leer, ¡ pobre madre ! porque al verme

tan débil de cuerpo decía continuamente: « Este muchacho no será nunca un buen artesano: hagámosle sacerdote, ó sabio. » Cuando mostraba yo alguna repugnancia á escuchar sus lecciones, me decía: « Aprende á leer, Gilberto, y no irás al monte á cortar leña, ni conducirás el arado, ni picarás piedra, » y yo aprendía. Desgraciadamente sabía apenas leer cuando murió mi madre.

— ¿ Y quién os enseñó á escribir ?

— Yo mismo.

— ¿ Vos mismo ?

— Sí, con un palo que aguzaba y arena que pasaba por un tamiz para que estuviese más fina. Por espacio de dos años escribí como se imprime, copiando de un libro é ignorando que hubiese otros caracteres que los que habia logrado imitar con bastante felicidad. En fin, un día, hará ya tres años, la señorita Andrea había partido para el convento; hacia algunos días que no se tenían noticias de ella, cuando el cartero me entregó una carta de la señorita para su padre. Entonces ví que había otros caracteres además de los impresos. El señor de Taverney abrió la carta, y tiró el sobre, que recogí al momento como una cosa preciosa, y lo guardé hasta que al volver el cartero le dije que me leyera el sobre: estaba concebido en estos términos:

« Al señor barón de Taverney Casa-Roja, en su castillo, por Pierrelitte. »

Sobre cada una de estas letras puse la correspondiente impresa, y vi que, á excepción de muy pocas, estaban contenidas en aquellas dos líneas trazadas por la señorita Andrea. Á los ocho días había reproducido aquel sobre acaso diez mil veces, y ya sabía escribir. Escribí, pues, medianamente, y quizás más bien que mal. Ya veis, señor, que mis esperanzas no son exa-

geradas, puesto que sé leer y escribir, puesto que he leído todo lo que he podido haber á las manos, puesto que he tratado de reflexionar todo lo que he leído. ¿ Por qué no he de hallar un hombre que necesite mi pluma, un ciego que necesite mis ojos, ó un mudo que necesite mi lengua ?

— ¿ Olvidáis que entonces tendríais un amo, vos, que no queréis tener ninguno ? Un escribiente ó lector son criados de segundo orden, y nada más.

— Verdad, es, dijo Gilberto poniéndose pálido; pero no importa, necesito triunfar. Removeré las calles de París, llevaré agua, si es necesario, pero llegaré á mi término ó moriré en el camino, y entonces conseguiré también mi objeto.

— ¡ Vamos ! vamos ! dijo el desconocido, creo que estáis animado de buen deseo, y que no os falta valor.

— Pero vos mismo, dijo Gilberto, tan bueno para mí, ¿ no ejercéis una profesión cualquiera ? Estáis vestido como si fueseis empleado de hacienda.

El anciano se sonrió dulce y melancólicamente.

— Tengo una profesión, dijo; sí, es verdad, porque todo hombre debe tener una, pero enteramente extraña á cosas de hacienda. Un hacendista no herborizaría.

— ¿ Herborizáis por oficio ?

— Casi.

— ¿ Entonces sois pobre

— Sí.

— Los pobres son los que dan, porque la pobreza los ha hecho sabios, y un buen consejo vale más que un Luis de oro. Dadme, pues, un consejo.

— Tal vez haga más.

Gilberto se sonrió.

— Lo sospechaba, dijo.

— ¿ Cuánto creéis que necesitáis para vivir ?

— ¡ Oh ! muy poco.

— Acaso no conocéis á París.

— La primera vez que lo he visto fué ayer desde las alturas de Luciennes.

— ¿Entonces ignoráis que cuesta caro vivir en la gran ciudad?

— ¿Cuánto sobre poco más ó menos?... Establecedme una proporción.

— Con mucho gusto. Escuchad: por ejemplo, lo que cuesta un sueldo en provincia, cuesta tres en París.

— Pues bien, dijo Gilberto; suponiendo un abrigo cualquiera donde pueda descansar después de haber trabajado, necesito para la vida material seis sueldos diarios poco más ó menos.

— ¡Bien, bien, amigo mío! exclamó el desconocido. Así me gustan los hombres: venid conmigo á París, yo os buscaré una profesión independiente que os dé de comer.

— ¡Ah, señor! exclamó Gilberto ebrio de alegría.

Recobrándose después un poco, añadió:

— Se entiende que he de trabajar realmente y que no es una limosna lo que me ofrecéis.

— No por cierto, estad tranquilo, hijo mío; no soy bastante rico para dar limosnas, ni bastante loco para darlas aventuradamente.

— En hora buena, dijo Gilberto, á quien aquel arranque misántropo tranquilizaba en vez de ofender. Ese es el lenguaje que me gusta. Acepto vuestra oferta y os doy gracias por ella.

— ¿Queda pues convenido que vendréis á París conmigo?

— Sí, señor, si así os place.

— Me place, puesto que os lo ofrezco.

— ¿Á qué quedaré obligado respecto de vos?

— Á nada... á trabajar; y aun así, vos seréis quien arreglará vuestro trabajo; tendréis el derecho de ser joven, el derecho de ser feliz, el derecho de ser libre, y hasta el derecho de no hacer nada, cuando hayáis ganado vuestros ocios, dijo el desconocido sonriendo como á pesar suyo. Levantando después los ojos al cielo, añadió lanzando un suspiro: ¡Oh, juventud! ¡Oh, vigor! ¡Oh, libertad!

Y al pronunciar estas palabras, una melancolía de una poesía inexplicable se esparció sobre sus facciones finas y puras.

— Y ahora, dijo más alegremente, ahora que tenéis una ocupación, ¿queréis que llenemos otra caja de plantas? Aquí tengo algunas hojas de papel sobre las cuales clasificaremos nuestra primera cosecha. Pero á propósito, ¿tenéis todavía hambre? Me queda pan.

— Guardémoslo para la tarde si os place, señor.

— Á lo menos comed las cerezas, pues nos estorbarían.

— Con mucho gusto; pero permitidme que lleve vuestra caja para que marchéis con más comodidad, pues creo que, gracias á la costumbre, mis piernas cansarán á las vuestras.

— Pero mirad, vos me hacéis venturoso; creo ver allá abajo el *vicris hieracioides* que busco inútilmente desde esta mañana; y debajo de vuestro pie ¡cuidado! el *cerastium aquaticum*. Aguardad, no la arranquéis. ¡Oh! todavía no sois herbolario, joven amigo: la una está demasiado húmeda en este momento para ser cogida, y la otra no está todavía en sazón. Al pasar esta tarde por aquí arrancaremos el *vicris hieracioides*, y en cuanto al *cerastium* la cogeremos dentro de ocho días. Además, quiero enseñarla en pie á un sabio

amigo mío, cuya protección pienso solicitar para vos. Y ahora venid y conducidme á ese sitio de que me hablabais hace poco, y donde habéis visto hermosos culantrillos.

Gilberto marchó delante de su nuevo amigo; el anciano le siguió, y ambos desaparecieron en el bosque.

XXI

M. Jacobo

Contento Gilberto con aquella buena fortuna que en sus momentos desesperados le presentaba siempre un apoyo, marchaba delante volviéndose de vez en cuando hacia el desconocido, que acababa de hacerle tan dócil con tan pocas palabras.

Conduciale así hacia sus musgos, que eran en efecto magníficos culantrillos. En seguida, luego que el anciano hubo hecho su colección, se pusieron á buscar otras plantas.

Gilberto estaba mucho más adelantado en botánica de lo que él creía. Nacido en medio de los bosques, conocía como á amigas de su infancia las plantas que en ellos se criaban, sólo que las conocía bajo sus nombres vulgares. Á medida que las designaba así, su compañero se las indicaba bajo su nombre científico, que Gilberto al volver á encontrar una planta de la misma familia, procuraba repetir, si bien estropeaba dos ó tres veces los nombres griegos ó latinos. Entonces el desconocido descomponía la palabra, le manifestaba las relaciones del asunto con ella, y Gilberto aprendía de esta suerte no solamente el nombre de la planta, sino también la significación de la palabra griega ó latina, con que Plinio, Lineo ó Jussieu habían bautizado esta planta.

De vez en cuando decía :